

20 cts.

H
056
R4257rep
C.R.

REPRODUCCION



Tomo II, Nos. 25 y 26

50 cts

Administración y primer lugar de venta:
Botica de La Dolorosa.

Precio: 10 céntimos el ejemplar de 24 páginas.

Descuento a los compradores de 10 o más
ejemplares de una misma fecha: 25^o/_o.



Reproducción

Como II, Nos. 25 y 26 — 16 de Mayo de 1920

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 250

SUMARIO

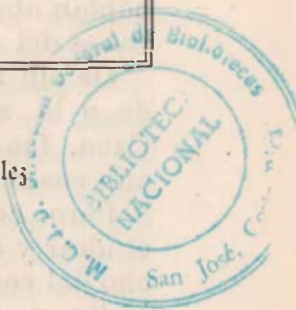
1. *La soberbia del Rey Guillermo.*—RUY BARBOSA.
2. *Del «Repertorio Americano».*—RICARDO JIMÉNEZ, JOHN M. KEITH Y OTROS.
- 3.—*Opinión singular.*—ANT. DE VALBUENA.
4. *Discurso.*—J. B. DUMAS.
5. *Rompecabezas.*—DESCARTES.
6. *Notas del Director.*
7. *Honrosa Pastoral.*

Administrador:

Manuel Gutiérrez González

La Dolorosa

Imprenta Trejos Hnos.



La soberbia del Rey Guillermo

Cuando Guillermo I de Inglaterra, después de haber recorrido la Normandía, y destruído sus cosechas, y arrasado sus viñedos, y devastado sus frutales, e incendiado sus aldeas y ciudades, cayó herido de muerte en una calle de Mantes devorada por las llamas, fué recogido por las manos pías de un simple gentil hombre normando y transportado por ellas al monasterio de San Gervasio, en Ruan, donde exaló el último suspiro. Su clero y su nobleza lo habían abandonado en medio de las escenas del saqueo que sucedió al drama.

De allí fué trasladado años más tarde a la abadía de Saint-Etienne de Caen, fundada por él, y allí reposan aún sus restos, bajo una lápida negra.

Pero, cuando abrieron la fosa, entre el altar y el coro, legítimo y último lecho del conquistador, y antes de bajar a ella su ataúd, un acontecimiento ex-

traño, insólito, interrumpió la santa ceremonia e hirió de estupor la concurrencia. Un hombre se había levantado de entre la multitud de los fieles y lanzado el grito de apelación a la justicia y a la ley: Haró! El *¡aquí del Rey!* del tiempo y del lugar, contra el acto que iba a consumarse. Todo quedó en suspenso y el intruso fué interrogado. Era Aselín, hijo de Arturo, hombre modesto cuyo nombre iba a ser inmortalizado por su loco empeño.

«Clérigos y obispos», gritó el osado interruptor, «en el suelo que pisáis se asentaba en otro tiempo la casa de mi padre. El hombre por quien rogáis, simple duque de Normandía entonces, nos la arrebató a la fuerza, contra toda justicia, por un acto de su poder despótico, y fundó en su lugar esta abadía. Yo no la he vendido, ni dado en prenda, ni la he perdido por sentencia judicial, ni jamás se la doné. Por consiguiente, yo reclamo este terreno, yo pido su restitución, y, en nombre de Dios, yo prohibo que el cuerpo del expoliador sea cubierto con el polvo de mi tierra y repose en el patrimonio de mis progenitores»

Los allí presentes conocían al interruptor y los hechos que evocaba; apoyaron como testigos las protestas del expoliado, y mientras tanto, el ataúd real esperaba, al borde de la sepultura, el arreglo del litigio promovido por tan extraño modo. Antes que ella recibiese su huésped, fué preciso que los prelados pagaran al dueño el precio del terreno ocupado por la fosa y convinieran en el de la indemnización debida por la superficie en que la iglesia se asentaba. Sólo entonces el demandante levantó su solemne prohibición, y el cuerpo del soberano pudo ser descendido al sarcófago que lo esperaba.

Hace de esto ocho siglos y cuarto, y este memorable incidente conmueve aún a los que lo leen en los historiadores modernos. Este duque de Normandía había sido un déspota. Las ambiciones de este terrible bastardo fueron las que sembraron las semillas de las rivalidades que por centenares de años dividieron a los pueblos separados por la Mancha. Su simple voluntad fué su gobierno, a pesar de las formas nacionales y constitucionales que toleraba. Los cronistas anglo-sajones hablaban con terror

de la rudeza y crueldad congénitas de su genio. Bajo su despotismo fueron nivelados en la sujeción el clero, la nobleza y el pueblo. Y hélo aquí humillado en su ataúd, como un reo en la puerta del tribunal. ¿Quién le ha salido al paso? No el anatema de un Papa. No los decretos de un Rey. No las armas de un invasor. No el clero; no la nobleza; no el pueblo sublevado. Es sencillamente el brazo tendido de un individuo, un derecho violado que resurge y se alza contra todo y contra todos. La iniquidad había prendido en el corazón del más poderoso de los reyes, se había consolidado en los cimientos de un vasto edificio, adquirido la inviolabilidad de la magnificencia de las moradas del Señor, veneradas entonces como dependencias del cielo, y allí permanecía en la persona de esa criatura omnipotente que la había perpetuado, entre las mitras y los báculos, las lanzas y las espadas, que llenaban la nave.

Sin embargo, todas esas manifestaciones de la fuerza se inclinan; callan las del culto divino; y, en círculo deferente al rededor de la víctima que protesta, prelados, barones y condes feu-

dales pronuncian la sentencia en favor del hombre del pueblo y contra la arbitrariedad del trono.

Yo no sé si en la historia del mundo ha habido un rasgo de energía individual en que la justicia aparezca con mayor relieve en toda su augusta majestad. Considerad que este incidente se suscitó hace más de ochocientos años, en el siglo XI, y ved por esta lección de la edad media, cuánto tienen que aprender ciertas naciones que, en la hora actual, se jactan de civilizadas, remontando a las épocas más groseras y remotas de la historia. Nadie se cuidó entonces de ahogar la queja importuna, de ver en esta resistencia un desacato al cetro, de escandalizarse, como de un sacrilegio, ante semejante interrupción del servicio religioso, de hallar en esa audacia una profanación de la muerte, del altar o del derecho divino de los reyes. No. La familia de Guillermo cedió ante la justicia evidente de la causa, y pagó al contado el precio de la sepultura y el valor total del predio.

Que aquellos que no sepan lo que es la justicia, consideren ese espectáculo medioeval y miren con qué grandeza

ella emerge de la barbarie de las épocas menos libres. Ni el templo, ni la muerte, ni aun los funerales de los dueños del mundo, nada se opone a que ella se ejerza, domine y triunfe. La más pequeña manifestación en contrario, de esa brillante multitud de prelados, príncipes y grandes, hubiera ahogado la reivindicación de Aselín. Sin embargo, más bien podría decirse que ese cúmulo de circunstancias había concurrido con el solo objeto de rodear esa evocación de la ley violada de una corte de potencias divinas y humanas. La solemnidad de la ceremonia, el luto de los altares, el religioso aspecto del conjunto, todo contribuyó a hacer soportar sin cólera el desafío de la conciencia de ese hombre a las tenebrosas fuerzas de la injusticia. Ni en la escena antigua ni en la moderna escena ha tenido jamás el derecho a su servicio una representación que mejor lo exprese.

*

∴ *

Todo, en los postreros momentos de tal vida y en los primeros de su descenso a la sepultura, concurre a realzar vigorosamente el relieve de la lección

dada a los que confían más en las decisiones de la fuerza que en las del derecho. Después de haber conquistado a Inglaterra y ceñido su corona, este hombre de hierro muere declarando que no se atreve a legar su reino a nadie, como lega el ducado de Normandía, herencia de su padre, a su hijo Roberto. En cuanto a la corona, conquista de su espada al precio de tanta sangre derramada, la entrega a los juicios de Dios.

Y Dios que lo había humillado en la agonía, lo humilló hasta la tumba. Robado, despojado por los suyos, tirado por el suelo, medio desnudo, debió a la caridad de un extraño el gasto de recogerlo y el pago del ataúd, del cual hubiera carecido, ese poseedor de tantas riquezas, sin la limosna de una alma caritativa. Las llamas de las ciudades incendiadas a su paso fueron sus cirios funerales, y para sepultar el cadáver del soberano absoluto de dos reinos, no hubo un rincón de tierra disponible. Por último, el ataúd vino pequeño a la corpulencia del difunto. Lo forzaron, y reventó el cadáver. En vano se prodigó a torrentes el humo del incienso,

la fetidez de los gases del cadáver dominó de tal modo que clérigos y fieles huyeron en dispersión.

Así acabó, torturada en la agonía, en el ataúd y en la tumba, la «Soberbia del Rey Guillermo».

Y así reventará el orgullo de las tiranías empedernidas e impenitentes que, sin la aureola de conquistas gloriosas, sin el mérito de grandes capacidades, ni el beneficio de reorganizaciones creadoras, nacieron del fraude, vivieron en la imbecilidad y acabarán en la putrefacción. Estas no tienen como aquélla, para defender su causa ante la posteridad, la celebridad de sus servicios y reformas, ni presentan a la admiración del mundo la elocuencia de los contrastes. Su solo distintivo es la continuidad en el mal de que proceden, cuya atmósfera han respirado siempre, y en el fondo del cual acaban atascadas, infectando para siempre con sus actos la memoria de los tiempos que deshonraron.

1914.

RUY BARBOSA

Traducción de Eremita.

leyendo el "Repertorio Americano"

El soldado en los campos de Flandes

Entre la flora poética de la última guerra,—que para desdicha de los hombres no será la última,—hay dos pequeñas poesías inglesas de dos soldados que, siguiendo la heroica tradición de Byron, estuvieron listos a ofrendar su vida por la nobilísima causa que los llevó juntamente a la fama y a la muerte. Ruperto Brooke murió, como Lord Byron, en Oriente; y Juan McCrae, en Boulogne, cerca del frente. Ambas poesías fueron escritas entre el fragor de dos batallas; son cortas y bellas como un epigrama griego; pero lo que en el epigrama griego es agudeza y volar de abeja, en *El Soldado* y *En los campos de Flandes* es trágico e intenso sentimiento de patria, a la manera británica; sentimiento de amor a la vieja Inglaterra, de orgullo de ser inglés y de voluntaria conformidad, casi alegre conformidad, con la suerte de morir

por ella. Cuando Nelson estaba cerca de la agonía, abordo del buque en que flameaba su insignia de almirante, fueron sus postreras palabras: *He cumplido mi deber; gracias a Dios por ello*. Ese sentimiento, hecho de sencillez y abnegada devoción por la patria, dictó también a Brooke y a McCrae las estrofas que no hay inglés que no ame, ni extraño que no admire. Son bellas por la forma, pero más bellas aún por lo exquisito del pensamiento, por el espíritu de sacrificio libremente aceptado que se rezuma a través de ellas y por la fe en la grandeza e indestructibilidad de la patria que transparentan. Ni McCrae ni Brooke lanzan una queja contra el Destino, que los siega antes de tiempo; el por qué morir prematuramente, no asoma siquiera en sus poemas. Los muertos de McCrae no piden a sus compañeros de armas que los recuerden; les piden que lleven adelante la hazaña comenzada; que la antorcha patriótica, que pasa de las manos moribundas a las manos vigorosas de los que quedan, llamee siempre en alto, a pleno viento, mientras el triunfo no se alcance. Si eso hacen los vivos, dormirán

los muertos en paz. Brooke, si se acuerda de su sepultura, es para pensar que donde su polvo esté, sea donde fuere que la fosa se excave, aquello será tierra de Inglaterra, un pedazo de su patria. Otros piensan que la muerte es buena porque lleva a donde este mundo se olvida. Brooke, por el contrario, se aferra a la idea de la persistencia sempiterna de lo que una vez fué, y sueña con que el corazón suyo, simple pulsación de la eterna energía, revivirá allá lejos aquellas emociones que debió a Inglaterra y que constituyeron la dulzura de su vida: sus sonidos, sus paisajes, los sueños, las amistades y la dulcedumbre de corazones en paz, que allí brotaron como flores de su suelo. Cuando uno ve que el amor patrio llega a este fervor y a este idealismo, no se asombra de que Inglaterra sea la señora de los mares y la potencia que casi no sabe lo que es perder una guerra. En Brooke y McCrae se hermanan las dos corrientes que forman el pueblo inglés. La que representa Shakespeare; y la que representa Cromwell. La poesía apasionada, y la acción osada e imperturbable. Carlyle decía: hablar que no concluye

en acción es mucho mejor suprimirlo del todo. Esa advertencia no se aplica a Brooke y McCrae. Lo mismo que Cervantes, sirvieron a su patria con la palabra y con la acción. El centelleo de las espadas se apagó; pero lo que trazó la pluma perdura como el nocturno brillar de los astros en el cielo.

RICARDO JIMÉNEZ

*
* *

A causa de la posición geográfica de Costa Rica dentro de la zona tropical, ofrece muchos de los problemas comunes a esa región en la cual se halla situada gran parte de la América Hispánica. Es un error corriente en el Norte considerar a los trópicos como la porción más fértil de la tierra, y atribuir su escaso desarrollo material a la indolencia de los habitantes.

No es ese el caso. Es en los trópicos en donde la raza humana pelea su mayor combate por la existencia. Ni los brazos ni las riquezas se acumulan aquí en el mismo grado que en las regiones templadas. Las fuerzas destructoras de la naturaleza reaccionan constantemente contra el esfuerzo creador del hombre.

Tiene aquí el agricultor que trabajar doce meses en el año a diferencia de los cuatro meses en el Norte, y el provento de un año de trabajo es inferior en volumen y precio. Las lluvias torrenciales imposibilitan el uso en grande escala de la maquinaria que ahorra el esfuerzo del hombre.

No fué un accidente lo que situó la metrópoli de los Estados Unidos en la desembocadura del Río Hudson en vez de llevarla a la del Mississippi, ni lo que dió la situación de la capital del Brasil a 23 grados al Sur del Ecuador en vez de llevarla a la boca del Amazonas.

Los bajos precios de sus productos han obstaculizado el progreso de los trópicos.

No puede esperarse, pues, una considerable expansión comercial sobre una base firme hasta tanto no haya una alza en los precios y volumen de sus productos, que permita más altos salarios y superiores normas de vida para sus clases trabajadoras, creando de esa suerte un mayor poder de compra. No pueden comprar más allá del valor de sus productos.

Los problemas del porvenir son tanto

sociales como económicos y exigen sumas dispendiosas para saneamiento, mejores facilidades de transporte, educación pública, etc.

Costa Rica ha esforzado su crédito tanto como posible para crear esas fundamentales condiciones de progreso, y orgullosa está de cuanto ha realizado, pero no ha logrado acrecentar materialmente el monto del precio de sus productos, aunque sí ha crecido el volumen de sus exportaciones.

JOHN M. KEITH.

Trozo de un sobresaliente discurso en la Segunda Conferencia Panamericana, 1919.

*
* *

John M. Keith

Es un eminente pensador. Tiénesele por muy competente hombre de finanzas. Es mucho más. El sabe que las finanzas no pueden desentrañarse del conjunto de las actividades sociales: éticas e industriales, económicas y agrícolas. Está convencido, por experiencia personal y por estudio, de la imposibilidad de intentar la solución de los problemas financieros con abstracción de todos los demás, desde un punto de vista de hombre de Estado. Pertenece a la escuela de los hombres de negocios con visión

de hombres de Estado. De ahí el valor de sus opiniones acerca de las situaciones políticas de los Estados Unidos o de México, de Nicaragua o de Costa Rica.

ROBERTO BRENES MESÉN.

*
* *

Es cosa sabida de todos que la moderna literatura española está influida considerablemente, acaso en demasía, por las modas literarias que suelen prevalecer en Francia en cualquier momento. Nadie lo duda; pero lo que no todos dicen es que no se disipan caudales de simpatía entre las razas que quedan a los dos lados de los Pirineos. Hay una repugnancia inexplicable de parte de los españoles a reconocer su deuda literaria para con Francia—como si todo el mundo no estuviera literalmente endeudado con la patria de Ronsard, de Voltaire y de Hugo.

FITZMAURICE KELLY.

Universidad de Cambridge.

*
* *

La lectura de los buenos libros es como una conversación que mantuviésemos con las gentes más selectas de los

siglos pasados y en la cual nos entregasen lo mejor de sus pensamientos. Los matemáticos—como conozco yo—a quienes las letras divierten, y que van al teatro o toman un libro para solazarse, están más en lo cierto que esos letrados—que también conozco—que no leen, sino que anotan, y creen que han hecho bastante convirtiendo en cédulas todo impreso que cae en sus manos.

DESCARTES.

Una opinión singular

Firmada por ambos directores y el secretario de NOSOTROS, revista de Buenos Aires, fué remitida con fecha 1.º de setiembre de 1918, a 57 escritores españoles, la siguiente circular:

Muy respetable señor:

Desde hace varios años, voces de diversa intención y autoridad se oyen en España sobre la cultura de Hispano-América. Mientras algunas reprochan su absoluta falta de originalidad, de vigor, de valor humano, otras exaltan las corrientes manifiestas o semi-

ocultas de nuestra civilización; mientras unas demuestran conocimiento, simpatía, interés, otras revelan ignorancia, indiferencia o aversión.

Por esto creemos oportuno iniciar una encuesta entre representantes escritores de España. Hubiéramos querido escrutar su pensamiento en todo cuanto se refiere a la cultura de Hispano-América, pero comprendiendo las dificultades que para muchos entrañaría esa inquisición, hemos reducido el alcance de la encuesta al valor de nuestra literatura.

Nos felicitáramos de que la más absoluta sinceridad inspirara las respuestas, y que ningún pensamiento de política de solidaridad internacional, torciera o disimulara los juicios.

De usted, señor, esperamos con muchísimo interés su contestación y en la seguridad de tenerla en breve, la agradecemos de antemano.

Saludamos a usted con nuestra consideración más distinguida.

CUESTIONARIO

1.º ¿Conoce usted la obra de los viejos escritores de América: de Olmedo, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Andrade, Hernández, por ejemplo? ¿Qué juicio tiene usted formado sobre su valor?

2.º *¿Se interesa usted con alguna preferencia por la actual literatura hispano-americana? ¿Cuáles son, a su juicio, los mejores escritores americanos de la hora presente?*

3.º *¿Cree usted que, en su conjunto, la literatura americana ha expresado al nuevo continente?*

4.º *¿Cuáles son, según su opinión, los defectos más evidentes de la literatura de Hispano-América?*

Véase la respuesta de don Antonio de Valbuena:

*Señores don Roberto Giusti,
don Alfredo Bianchi y don Julio Noé.*

Muy distinguidos señores:

He recibido y leído su cuestionario y el número 112 de la revista «Nosotros», y también he leído con atención la lista de los escritores consultados; por cierto que esta lista denuncia bastante desorientación en el asunto, pues de entre los 57 consultados apenas llegarán a docena y media los que puedan dar a ustedes opinión estimable.

Rafael Altamira, Luis Araquistain, Blasco Ibáñez, Bonilla San Martín, Manuel Bueno, Julio Camba, Antonio y

Manuel Machado, Enrique de Mesa, Noel (aunque esté algo loco), Ortega Munilla, Armando Palacios, Adolfo Posada, Salvador Rueda, Valle Inclán, y no sé si alguno otro. . . . Los demás casi todos son zurriburri literario.

En cambio, faltan Sinesio Delgado, Manuel Linares Rivas, Julio Pujol. . .

¿Qué consulta literaria puede dar Azorín, que hacía ya muchos años que escribía sin sustancia y sin que nadie le hiciera caso, teniéndose por un «majadero comprimido» hasta que discurrió escribir con muchos galicismos, como si tradujera del francés, para que Cavia le llamara «pequeño filósofo», y entonces comenzó su fortuna?

¿Qué consulta podrá dar Baroja, que escribe en medio-vascuence, porque desconoce nuestro idioma, sin tener más cualidades salientes que esta ignorancia y la furia con que niega todo lo sobrenatural?

¿Qué podrá decir a ustedes Unamuno, que, según confiesa él mismo, no es más que un «mamífero vertical»?

Jacinto Benavente también hizo fortuna por lo soso que era y es, y por lo mal que escribía y escribe. ¡Cuidado que

es sosa y cursi la última escena de «La ley de los hijos», que Gómez Carrillo ha publicado, como una joya, en «Cosmópolis»!

Emilio Bobadilla no es peninsular, sino americano. Como crítico no vale una patata. Ha hecho versos regulares de forma, pero groseramente eróticos, y sabe muy poco. Pintando en verso un paisaje campestre, presentaba una «yegua rumiando».

Carner: no hay más que añadirle una o.

Mariano de Cavia escribió bien, pero está «academiquizado» y estropeado.

Julio Cejador es un pobre diablo, que no sabe más que decir desatinos: sostiene que se debe escribir «canpo» con ene porque así se pronuncia (!!), y construye: «había que decirse y escribirse canpo».

Doña Emilia, a pesar de ser «catedrático», como ella dice, sabe muy poco, o, mejor dicho, nada. (1)

Ricardo León no es más que un rebuscador de palabras.

José Francés no distingue los casos

(1) Creía y escribió que volaba la garduña; empleó el verbo inhibirse, que es abstenerse, por entrometerse, etc.

gramaticales. Dice de unas mujeres en «Cosmópolis»: «hasta los detalles que les adornan...» ¡Ni sintaxis! El «las» es acusativo.

Antonio de Hoyos.... novelas pornográficas.

Ramón Menéndez Pidal.... el inventor del dialecto leonés, que no existe, ni ha existido nunca, pues lo leonés genuino es nuestro hermoso idioma hispanoamericano, injustamente llamado Castellano, porque en el reino de León se formó antes de que existiera Castilla, y en León es donde con más propiedad y mayor riqueza se habla y se escribe... Ramón Menéndez Pidal, digo, quiso hacer su pedestal o plataforma para su nulidad con la invención del supuesto «dialecto».

Ramón Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset tampoco saben nada, ni tienen más cualidad saliente que el ateísmo...

Respondiendo al cuestionario:

Tengo de los poetas argentinos y de los de toda América la misma idea que de los de España. Los hay malos y buenos, más malos que buenos. No conozco a Sarmiento, ni a Hostos, y poco a Andrade, de quien no tengo mala idea. De

Montalvo creo haber leído algo agradable.

Conozco bastante a Olmedo y a Bello como malos poetas. La Oda al Libertador es una mamarrachada. En algunos de mis tomos de «Ripios» creo haber hablado de ella. La magna «lata» titulada «La agricultura en la zona tórrida», que el imbécil Marcelino Menéndez y Pelayo puso en su criminoso libro de «Las cien mejores poesías líricas», sin ser lírica ni poesía, es tan mala como las odas de Herrera y los sonetos de Arguijo, que hay en el mismo libro: todo esto es detestable.

He llamado malos poetas a Olmedo y a Bello; pero conste que no son peores que Quintana, Jovellanos y Lista, sus contemporáneos de acá, rematadamente malos. Aun los clásicos del llamado «siglo de oro», que nos dejaron mucho bueno en lo dramático, en cambio, en lo lírico, apenas nos dejaron nada bueno ni aun presentable. Fuera de las églogas de Garcilaso, las odas de San Juan de la Cruz, las silvas y la «Epístola moral» de Rioja (que de Rioja es, y no de Andrada ni de ningún «anónimo sevillano» como dijo el majadero Marcelino), epís-

tola que es sencillamente admirable, y algunas estrofas de Fray Luis de León, no hay nada que valga. Y digo respecto de Fray Luis de León algunas estrofas y no algunas odas, porque oda completa no hay ninguna que no esté afeada con prosaísmos, como:

Felipe, y en la rueda...

que tira de espaldas al que acaba de leer los dos hermosos versos con que empieza:

¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al Cielo...?

o con transposiciones inadmisibles como:

Ni cura si la «fama»
Canta con «voz» su nombre «pregonera»,

adjetivo que a más de lo transpuesto, no se sabe si afecta a la voz o a la fama. Y como «Virgen que el sol más pura»; o con ripios como «Y tú, rompiendo el «puro...», adjetivo que es un ripio aplicado al aire, y ripio impropio porque el aire atmosférico no es «puro», y que, puesto al fin del verso sin saber antes el sustantivo a que afecta, es ininteligible hasta leer el verso siguiente.

¡Y esto en la tan alabada «Oda a la Ascensión»! En fin, que todo eso del «Siglo de oro» y de los «clásicos» es convencionalismo. El verdadero «siglo de oro» de nuestra lírica, ya lo dije hace tiempo, lo he repetido poco hace en la «Revista Quincenal», y volveré a repetirlo ahora, es el siglo XIX, no entero, el medio siglo de 1830 a 1880, en que tuvimos líricos, o lírico-épicos, como Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Cea, Aguilera, Florentino Sanz, Bretón de los Herreros, Tassara, Pastor Díaz, Arolas, y otros muchos poetas menores, pero muy superiores a los llamados «clásicos».

Volviendo a los poetas americanos, creo que lo fueron Heredia y Zenea, y he leído poesías hermosas de Amado Nervo, de Juan de Dios Peza, de Rafael Obligado, y de otros muchos cuyos nombres no recuerdo ahora; y también he leído muchos versos de otros que no eran poetas, de los censurados en los cuatro tomos de «Ripios».

Respecto de la «Poesía Americana» que exhiben ustedes en el número 112 de la Revista «Nosotros», mi opinión no puede ser más adversa, como lo es a to-

da poesía modernista, porque el «modernismo» es la ineptitud, un disfraz de la ineptitud. Los modernistas rompen la medida de los versos, porque no tienen oído, y no saben hacerlos, y condenan la rima y prescinden de ella, porque no tienen caudal de voces para hallar consonantes que no sean ripios visibles.

Los versos de Gabriela Mistral son simplezas y disparates:

El invierno «rodará blanco»,
encima de mi corazón.
Irritará la luz del día,
«mas morderá mi sed de Dios».

Esto no tiene sentido:

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien;
«no espigaré» (?) entre mis rodillas
un infántico leche y miel.

Los versos te nacen
con sangre del pecho.
A Cristo parécense,
a Cristo por «cruentos!»
Nacen en angustia
«con luz en las ropas»,
ofreciendo «sus
llagas como copas» ...

Todo esto es una sarta de inconveniencias, que parecen escritas con el propósito de burlarse de los lectores. Esto no es poesía. Pues los de Luis C. López son lo mismo.

Pretende hacer un soneto con versos alternados, de 11, de 9, y de 6 sílabas.

La población parece abandonada,
dormida a pleno
sol.—¿Y qué hay de bueno?
Y uno responde bostezando:—Nada.
Ni una sola ilusión inesperada
que brinde ameno
rato. Es un «sereno» (2)
vivir este vivir siempre «a plumada»...

Esto es ridículo, y hasta trabajoso de leer.

Ridículo el pensamiento y ridícula la forma. ¿No sería menos mala, aun esa fruslería, en 8 endecasílabos?

¿Quién construye la fachada de una casa dándola 10 metros de altura en la esquina izquierda, 6 en la esquina derecha, y tres en el centro?.....

Y luégo, el final del soneto:

Placidez lugareña; hoy no hace viento,
Y andan únicamente por la calle
Cuatro perros detrás de una perrita....

(2) Este sereno le toma cualquiera por sustantivo.

Esto no es poesía, es porquería, lo contrario de la poesía. Esto es impropio de seres racionales.

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina,

dijo Rioja, . . . Y, como piden ustedes «la más absoluta sinceridad», soy absolutamente sincero.

Queda de ustedes atento y S. S.,

ANTONIO DE VALBUENA.

¡Hace más de 40 años!

Respuesta de J. B. DUMAS -uno de los fundadores de la química moderna—al discurso de Taine en el acto de la recepción de éste en la Academia Francesa:

Por una coincidencia singular, uno de los Secretarios perpetuos de la Academia de Ciencias cumple hoy el deber de hospitalidad de abriros las puertas de la Academia Francesa.

¡Cuánto más dignos de ese honor habrían sido muchos de nuestros cofrades,

y cuánto mejor preparados para alabar los raros méritos que ha tanto tiempo os hacen acreedor a su elección, a vos, que sois uno de los maestros de nuestra literatura! Los temas usuales de sus estudios, filosofía, historia, idiomas antiguos o modernos, crítica, viajes, bellas artes, ¿no han ocupado sucesivamente vuestro entendimiento enciclopédico? Como si hubierais querido dejar huellas de vuestros pasos en las distintas regiones que se complace en recorrer la inteligencia humana, ensanchasteis vuestro horizonte y comprendisteis en tan vasto campo las que corresponden al dominio de la ciencia; por allí habéis pasado con curiosidad, apropiándoos los símbolos que se creen reservados al señorío de los sabios.

Confieso que no habéis sido impulsado a cultivar las ciencias por una vocación especial; teníais un solo objeto en mira. Visteis que el estudio de la naturaleza se iba sublimando hacia fórmulas cada día más generales, y pensasteis que ella poseía un instrumento universal que podía servir para la investigación de todas las verdades. Así, el método científico, que puso su

su sello en la mayor parte de vuestras concepciones, determinó sus lineamientos magistrales. Diríase que quisisteis dar razón anticipada de por qué os dirijo la palabra en esta sesión, y la designación que en mí ha recaído prueba que la casualidad no siempre es ciega en sus caminos.

No habéis olvidado nunca, empero, que si bien corresponde a la ciencia revelarnos, como hija de la razón, las maravillas de la naturaleza inanimada, debemos reservarles a la poesía y a la elocuencia, que dimanan del corazón, el privilegio de ir hasta lo más profundo del alma humana, hacernos participantes de sus dulces emociones, describir las pasiones que la conmueven, y dar en sacrificio, al menosprecio y a la indignación, las vilezas y los crímenes.

A par de vuestras simpatías por los encumbrados talentos y vuestro respeto por la dignidad humana, lucen en todas vuestras producciones un saber extensísimo, un trabajo que no desmaya nunca, un lenguaje templado al calor del sentimiento, sin que por esto pierda la claridad que da el buen juicio, ni su precisión geométrica, ni las agudas ob-

servaciones del crítico, y ni aun el desenfado de un improvisador. Largos años están destinados a vivir vuestras obras, por esas grandes cualidades literarias y morales que dan testimonio de la memoria bien empleada del erudito, de la sagacidad del filósofo y de la lozanía de un florido ingenio. Nacido en las cercanías de nuestros bosques, habéis conservado cierta independenciam en vuestras doctrinas que nos recuerda el vigoroso empuje del leñador de las Ardenas, que hacha en mano, pasa por los matorrales destruyendo con los pies zarzas y malezas, derribando aquí la encina enana de extendidos ramos, y más allá el delgado abeto de copa levantada y puntiaguda, para abrir por todas partes caminos anchos, rectos y limpios.

Vuestro estreno, señor, vuestra primera producción, hizo eco. ¡Una disertación en regla, en el Areópago de la Facultad de Bellas Letras, sobre las fábulas de La Fontaine! En asunto tan trillado ¿qué podía decirse de nuevo? ¿No saben todos el texto de memoria? ¿Estabais destinado a revelar algún secreto de la vida del amable filósofo, del

poeta sin par? Lo creisteis así, y en esta obra vuestra están ya delineados el plan y la doctrina a que habéis amoldado después casi todos vuestros escritos. Difiere vuestra tesis de la interesante monografía de Walckenaer, de la Vida del gran fabulista, y del exquisito análisis que M. Nisard nos hizo de sus fábulas inmortales. Tanto M. Nisard como vos dais a esa producción un lugar preeminente entre las obras poéticas de Francia.

La Fontaine es para vos el producto natural y compacto de su país, de su raza y de su época. Describís, para justificar vuestra definición, con gracia hechicera, esa Champaña, su patria, en donde los montes son colinas y las selvas bosquecillos; en donde ríos de pocas aguas, que parecen sonreirse, serpentean por en medio de grupos de alisos; región llena de calma, templada, en donde el sol no es tan ardiente como en el Mediodía ni las nieves duran tanto como en el Norte; en donde se vive sin esfuerzo,

Mangeant son bien avec son révenu
Et s'en allant comme l'on est venu.

El hombre, decís, no tiene allí una gravedad pesada, ni es propenso a exaltarse a cada instante, pero tiene buen juicio, es sagaz, agudo, activo, y está dispuesto siempre a hablar irónicamente; en fin, agregáis, el primor, la moderación, la alegría, el arte y la elegancia del siglo XVII, elementos fueron todos ellos que concurren a darnos un La Fontaine. Ese es vuestro sistema; comarca, raza, época; y el conjunto de esos tres caracteres fundido en un tipo predilecto.

Si no estamos dispuestos a concederos que para tener un La Fontaine basta llevar un selecto hijo de Champaña a Versalles y hacerlo vivir en los tiempos de Luis XIV, cuán inclinados estamos, por otra parte, a aplaudiros cuando, después de haber clasificado metódicamente su obra, en lo que no pensó el buen hombre, exclamáis:

«La Fontaine es nuestro Homero. Hombres, dioses, animales, paisajes, la naturaleza entera y la sociedad de aquel tiempo, todo eso está contenido en ese librito.—Allí hay campesinos y a su lado reyes; junto a las aldeanas, grandes se-

ñoras; cada uno en su puesto, en su condición, con sus sentimientos y su modo de hablar. Los personajes tienen allí un carácter general, el pobre, el rico, el avaro, el amante, y allí son grandes también los acontecimientos: la muerte, el cautiverio, la ruina. En ninguna parte tropezamos allí con las trivialidades de la novela realista y plebeyá. Nuestros niños se saben de memoria a La Fontaine a la manera que los de Atenas recitaban a Homero. Raro grande escritor es en Francia popular: los que son populares no son grandes, y los que son grandes no son populares. Sólo La Fontaine es a un tiempo popular y grande.»

Estos pensamientos son exactos, bien sentidos, y están cuerdamente expresados. Aquí tenemos al verdadero Taine.

No quedamos tan convencidos, señor, de ser verdad lo que decís al final de ese notable estudio vuestro:

«El hombre es un animal de especie superior, que da de sí filosofías y poemas, así, poco más o menos, como los gusanos de seda y las abejas hacen los unos sus capullos y las otras sus colmenas».

¡Poco más o menos! ¿Cada gusano no produce, pues, su seda y cada abeja su miel, esclavos natos de un trabajo uniforme, encargados de dar uno y otra un producto siempre idéntico, que, ni en su naturaleza ni en su cantidad han cambiado con los siglos? No hagamos mal uso de la zoología; podría así llevarnos más lejos de lo que quisiéramos. No tratemos de persuadir al primero que se presente—sería bastante bárbaro para creernos por nuestra palabra—de que si no es ni un Platón ni un Homero, es porque no ha querido serlo, pues que fué creado como ellos para producir filosofías y poemas. No enseñemos al vulgo a perder el respeto; cuando éste se pierde, ay! todo está perdido. Por el contrario, hagámosle ver la distancia que separa al común de las gentes de los escogidos de la humanidad, porque no hay que cansarse de repetir que la humanidad tiene sus escogidos que la virtud, el espíritu de abnegación, la bondad, el valor, el genio, el trabajo singularizan, o para servir de ejemplo a otros o para tomar la delantera. Si nos limitáramos a decir que cada uno de nosotros tiene una noción, a veces confusa, a ve-

ces sublime, de lo infinito, o un sentimiento de lo ideal, podríamos estar de acuerdo; pero las palabras, «filosofías y poemas,» que se refieren a hechos ya cumplidos, tienen, mucho más alcance y pueden inducirnos a error. Concediendo que estaban como dormidos en cada cerebro el Fedón y la Ilíada en los tiempos de Platón y Homero, era necesario para darles vida algo más de lo que sólo poquísimos griegos han poseído: para eso se necesitaba ser Homero o Platón.

Por otra parte, no inculquemos en el hombre, predestinado por su inteligencia a progresar de siglo en siglo, la creencia de que él es como el gusano de seda y la abeja, condenados por su naturaleza a una eterna inmovilidad.

Miles de años hace que detenido a orillas del mar, desnudo y sin más armas que su pensamiento, el hombre contemplaba con audaz curiosidad esa inmensidad y ese globo de fuego ardiente que salía por la mañana de entre las ondas y se sumergía en ellas por la tarde, y en ese entonces el gusano de seda en su capullo y la abeja en su colmena, se afanaban ya en los mismos monótonos

trabajos que emprenden en la hora presente. Hoy el hombre, conquistador del Océano, da la vuelta al mundo fácilmente en algunas semanas, y el curso del sol, hecho patente, está sometido a los cálculos de la astronomía; y hoy el gusano de seda construye todavía la misma estrecha prisión de siempre, sin dejar el movimiento de vaivén automático de su cabeza, y hoy la abeja con la misma cera labra las mismas celdillas de la misma forma geométrica, cuya ley es conocida por nuestra razón, y cuyo secreto no se revelará nunca al instinto. (1)

Me detengo: me inculparéis, señor, que voy a dar con esto en la filosofía literaria, que no sin desdén tacháis de retórica elegante y hueca en la obra que habéis consagrado a hablar de las

(1) No es Taine, es el eximio químico quien hace aquí mal uso de la Zoología. El hombre da de sí poemas y filosofías, poco más o menos, como los gusanos de seda hacen sus capullos y las abejas sus colmenas. ¿Significa esto que todos los hombres sean Platones u Homeros? Los gusanos de seda o las abejas ¿son acaso iguales entre sí?

Por otra parte, ¿en qué se funda la afirmación de que el hombre está *predestinado* al progreso, mientras el gusano y la abeja están condenados a una eterna inmovilidad? ¿en la observación de hechos que pertenecen exclusivamente al orden físico? En lo moral ¿qué hombre es hoy más que Aristóteles, al cabo de 23 siglos de distancia? ¿No habrá razón para pensar que sea uno mismo el compás que marca los cambios en el movimiento de la cabeza del insecto y en el devanarse humano?

opiniones de los *Filósofos clásicos del siglo diez y nueve*. Me apresuro a seguirlos hasta allí.

E. J. R.

Continuará.

Rompecabezas y boberías

Hace ya más de veinte siglos, Cicerón notaba que no había absurdo que no hubiera sido sostenido por algún filósofo, . . . y las cosas no han cambiado todavía. Peores que absurdos, verdaderas estupideces podrá descubrir el estudioso despreocupado en las obras de los hombres más notables. Aquí va un ejemplo, tomado de las cartas del inmortal Descartes a la princesa palatina:

«—Por lo que hace al libre albedrío, confieso que no pensando sino en nosotros mismos, no podemos menos de estimarlo independiente. Pero cuando pensamos en el poder infinito de Dios, no podemos dejar de creer que todas las cosas dependen de él y que, por consi—

guiente, *nuestro libre albedrío no está exento de tal dependencia.*

«Todas las razones que prueban la existencia de Dios y que él es la causa primera e inmutable de todos los efectos que no dependen en nada del libre albedrío de los hombres, prueban asimismo, me parece, *que él es también la causa de todas las acciones dependientes de dicho albedrío*, pues no podría demostrarse la existencia de Dios sino considerándolo como un sér soberanamente perfecto; y no sería soberanamente perfecto si pudiera suceder algo en el mundo que no viniera enteramente de él».

«—Paso a la dificultad que vuestra Alteza propone relativa al libre albedrío, cuyas *dependencia y libertad* trataré de explicar mediante una comparación. Si un Rey que ha prohibido los duelos y que sabe *con toda seguridad* que dos gentileshombres habitantes en ciudades distintas están en querella y tan animados el uno contra el otro, que *nada* podría impedirlos de batirse si llegaran a encontrarse; si este Rey, digo, da a uno

de los dos un encargo para que vaya cierto día hacia la ciudad en que está el otro, y también a este otro un encargo para que vaya el mismo día hacia la residencia del primero, sabe bien seguramente que tendrán que encontrarse y batirse, contraviniendo así a su prohibición. Pero él no los ha obligado a ello, sin embargo; y el conocimiento y aun *la voluntad que ha tenido de determinarlos* de este modo, no impide que ellos se batan tan voluntaria y libremente como lo habrían hecho si él no hubiera sabido nada y fuera por otro motivo cualquiera por lo que se hubieran encontrado; de modo que pueden ser justamente castigados por haber contravenido a la prohibición».

—Esto se llama, dice Colins, «esclavitud bajo un malvado hipócrita que quiere unir a la tiranía una apariencia de justicia». (1)

Sigue ahora un ejemplo de otra índole, y más sorprendente por lo mismo, en que aparece Descartes, en el campo accesible a la experiencia, repitiendo una necedad vulgar de su época, que es pre-

(1) Colins, *Science Sociale*, t. VII, págs. 52 y siguientes.

cisamente también la época de Galileo, Huygens y Leibnitz:

«—Y parece que lo que hace que la voz del hombre nos agrade más que las otras, es solamente su mayor conformidad con la naturaleza de nuestros espíritus. Es quizá también esta simpatía o antipatía de humor y de inclinación lo que hace que la voz de un amigo nos *parece* más agradable que la de un enemigo, por la misma razón que se dice que *un tambor cubierto con una piel de oveja no resuena y pierde enteramente su sonido cuando se golpea a la vez sobre otro tambor cubierto con una piel de lobo*».

(*Abrégé de la musique.*)

Y termino citando de nuevo a Colins, pero de memoria, en respuesta anticipada al lector que me pregunte: «¿Qué se gana con descubrir las debilidades de los grandes hombres?»

Lo que se gana es la minoración de toda autoridad que no sea la de la razón. Que no se entontezca a la juventud cerrándole la boca con un: *Descartes lo dijo!* Que son los errores de los grandes

hombres los que merecen ser señalados ante todo, pues los errores de los otros hombres no tienen consecuencia durable. «¿A qué perder el tiempo, v. gr., en hacer resaltar la estupidez de una cámara de diputados?»

El respeto a las reputaciones hechas debe subordinarse al respeto a la verdad.

E. J. R.

Notas políticas

Se acabó ya la dictadura provisoria del señor don Francisco Aguilar Barquero y Cía. REQUIESCAT en buena hora para Costa Rica. Vivió como nació, infelizmente. La constancia escrita de sus múltiples disparates en todo orden de cosas, queda en el *Diario Oficial*, junto con la siguiente declaración que debe ser recogida:

«En cuanto a la discrepancia de pareceres que se ha supuesto existe en el seno del Gabinete, es ésta ocasión apropiada para repetir, porque ya se dijo otra vez en las columnas de este mismo diario, que nunca ha dejado de haber

solidaridad de opiniones y de actos entre los miembros del Poder Ejecutivo y que, por encima de todo, es el señor Presidente de la República quien define y orienta en definitiva, CON LA LUZ QUE LE PRESTA SU PROPIO PERSONAL CRITERIO, la marcha de los asuntos públicos que, como a funcionario directamente responsable ante la nación, a él y sólo a él le toca resolver.»

(*La Gaceta*, año XLII, n.º 25.)

*
* *

Los mensajes de los presidentes no son hoy documentos verdaderamente importantes, pues no constituyen ningún plan serio o compromiso de gobierno: por regla general, se hacen simplemente para satisfacer, con más o menos elegancia, una exigencia del uso. No merecen, por todo, sino una ligera consideración, en el mejor de los casos.

El *Mensaje Inaugural* presentado al Congreso por el nuevo presidente de Costa Rica, don Julio Acosta García, ¿entra o no en la regla general? No lo sé. Sé que lo he leído por encima, encontrando así algunos pasajes motivo de júbilo como otros de contrariedad.

Aquí voy a limitarme a tres reflexiones de carácter general.

*
* *

1.—¿Es el «espíritu de cooperación» *fórmula del futuro* y es «el de competencia» *fórmula del pasado*, según expresa el señor Acosta? Sin cooperación, la sociedad no habría sido posible. Su espíritu ha sido, pues, fórmula del pasado y habrá de serlo del futuro. Sin competencia—dando a esta palabra el sentido de rivalidad honrada—la vida social se estanca. Su espíritu es condición de progreso y ha sido y será fórmula de todos los tiempos, mal que le pese al señor Presidentè. Nace apenas dos hombres se encuentran juntos, y su decaimiento es síntoma de enfermedad o desconsuelo.

*
* *

2.—Afirma el señor Acosta, con franqueza rarísima, que *en las últimas elecciones sólo la mitad de los votantes de la República se presentó a las urnas*, (1) y exclama luégo: que vengan las mujeres

(1) De esta mitad, una parte, la mayor, votó por el señor Acosta; la otra parte votó por el Dr. Soto.

a ocupar el puesto que los hombres abandonan, si es el analfabetismo o los efectos perniciosos de la intemperancia lo que inferioriza a tan considerable número de ciudadanos!—¡Que no se transformen en machos las hembras!, replico yo. Que abra sus ojos el señor Presidente y los ponga sobre el orbe entero y diga si es por analfabetismo o por intemperancia por lo que crece en todas partes el descrédito del sufragio directo entre las personas de bien y de mayor saber. Que vengan las mujeres a ocupar el puesto que los hombres abandonan después de hondas cavilaciones, en busca de una nueva forma de representación; que vengan y acabará de llevárselo todo el Diablo!

*
* *

3.—La tercera reflexión, lo es en el sentido que dan los físicos a la palabra, pues reproduzco, sin cambiar una coma, algo de lo mucho y muy bueno dicho en *La Verdad* por un brillante escritor:

Yo tampoco comprendo que el señor Acosta insista en «rendir un homenaje de franca simpatía y de gratitud al Excelentísimo señor Presidente Wilson,

quien puso su inflexible voluntad al lado de nuestro pueblo *en defensa del DERECHO y de la ley*. . . .»

El derecho consuetudinario en materia de reconocimiento de los gobiernos de las naciones, jamás fué interrumpido en su ejercicio hasta el advenimiento de Wilson. La intervención en la forma wilsoniana o en cualquiera otra ha sido considerada siempre como una violación del derecho de las naciones. Acaba Chile de rechazar una pretensión mucho menos grave y perentoria que el radiograma de Lansing, (1) y desde los albores de las nacionalidades hispano-americanas, todas han rechazado el pretendido derecho de intervención y algunas lucharon briosamente y por años para mantener la integridad de su soberanía. La violación de un derecho, aunque nos convenga, no merece simpatía ni gratitud. El general romano que se aprovechó de la traición de un tráfuga, lo hizo ahorcar.

Esos homenajes pueden ser en cualquier tiempo alegados como reconocimiento expreso del derecho a intervenir en nuestros asuntos propios, y considerados como estímulos a los Cónsules para convertirse en agentes provocadores de conflictos internacionales y de desórdenes políticos y sociales. Además, ellos pueden ofender y de hecho ofenden la susceptibilidad de las repúblicas hispano-americanas, que no pueden menos de considerarlos como un desconocimiento del derecho que todas acatan y mantienen.

Por otra parte, ¿es motivo de homenajes de *simpatía y gratitud* el haberle creado a este país la situación más anómala que país alguno del mundo haya visto y mucho menos soportado?

(*La Verdad*, 15 de mayo).

E. J. R.

(1) V. *Reproducción*, cuaternio n.º 3.

Honrosa Pastoral

Nos
El Dr. Juan Gaspar Stork
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
Obispo de San José de Costa Rica

AL VENERABLE CLERO Y AMADÍSIMOS FIELES DE
NUESTRA DIÓCESIS

Salud, paz y bendición en Nuestro Señor Jesucristo:

ACATANDO las disposiciones de la Junta Suprema de Salubridad Pública, no podemos sino tomar, muy a pesar nuestro, las resoluciones siguientes en cuanto a la Semana Santa de este año. Como es de toda necesidad, a causa del peligro de mayores complicaciones en este tiempo de peste, evitar toda aglomeración de personas, determinamos: que se eviten los ejercicios religiosos acostumbrados en nuestros templos; así es que no permitimos se canten misas, se prediquen los sermones de la Semana Santa, se hagan las procesiones durante ella y las visitas de los monumentos; en pocas palabras, con excepción de las misas rezadas en los días permitidos por la Rúbrica, que deben decirse antes de las ocho de la mañana, se suspenderán todos los actos religiosos desde esta hora en adelante.

Suplicamos a nuestros amados fieles acepten estas privaciones con espíritu de fe, y las ofrezcan generosamente en vista del bien general que se proponen. Aumentemos nuestro fervor en privado; unámonos en nuestras oraciones para suplicar a Nuestro Señor

devuelva pronto, con la salud, la tranquilidad a nuestros pueblos. Practiquemos principalmente en estos días grandes, la Caridad verdaderamente cristiana; ayudemos, en cuanto sea posible, con generosidad, a los pobres y enfermos; facilitemos a ellos lo que más necesiten: en lugar de ayudar como en otros años al Culto, para las procesiones y monumentos, sepamos abrir nuestras manos para honrar y ayudar a Nuestro Señor en la persona de los pobres y enfermos. Así podremos pasar la Semana Santa con grandísima utilidad espiritual y atraer sobre nosotros las bendiciones de Nuestro Señor.

Aprovechamos, además, esta Circular, para indicar a nuestros fieles que durante la epidemia les dispensamos de la ley de ayuno y abstinencia, deseando la compensen con una generosa limosna en favor de los pobres y enfermos.

Dado en el Palacio Episcopal de San José de Costa Rica, a veinticinco de Marzo de mil novecientos veinte.

† JUAN GASPAR,

Obispo de San José de Costa Rica.

Ante mí, Dr. JOSÉ BADILLA C.,

Notario.



Apartado RR.

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.